

APÉNDICES  
DE LA  
MEMORIA DE BONDAREFF

---

EL TRABAJO Y EL AMOR

I. El amor al prójimo: he aquí el principal de los mandamientos, el mandamiento de los mandamientos, la ley de las leyes, la virtud de las virtudes. No hay ninguna virtud que se le asemeje, ni en el cielo, ni en la tierra. Ninguna posee la centésima parte de su perfección. Y al hablar así, no tengo intención de violar las leyes y los mandamientos que existen; sólo

quiero, sencillamente, apreciar el amor en lo que vale.

II. Y ahora, os pregunto: ¿qué es más útil á los hombres y más grato á Dios, el trabajo ó el amor? Sin duda ninguna, el trabajo. Pero no hay más que un solo trabajo más útil que el amor, el que se hace en cumplimiento del mandato: «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan.» He aquí el único trabajo más útil y más grato á Dios que el amor. Fuera de éste, todos los demás son inútiles y algunas veces hasta perjudiciales.

III. Pero nunca ha sucedido que alguien trabaje en virtud de esta ley ó de este mandamiento, es decir, no para satisfacer la necesidad de comer, sino para obedecer á la Ley (que así explico yo, Bondareff, esa expresión del *Génesis*). Por eso,



no hay nadie que conozca los goces que proporciona este trabajo; y, por tanto, ninguno de vosotros, ¡oh, lectores míos!, puede aprobarme cuando pretendo que el trabajo es más útil que el amor al prójimo.

IV. He aquí la prueba. He hallado á cada instante y en todos los libros elogios del amor á otro. Se le alaba en todos los pueblos, entre los mismos salvajes, en todos los idiomas y en todos los dialectos. Se le honra en proverbios y refranes; se hace de él fundamento de todas las leyes religiosas y civiles. Los predicadores están rendidos de fatiga de tanto celebrar las alabanzas del amor. Y yo os pregunto: ¿han producido algún fruto, han determinado alguna acción virtuosa esas alabanzas y esos sermones acerca del amor al prójimo? De ninguna ma-

nera. No es únicamente con el amor con lo que se podrá calmar el hambre del hambriento, la sed del sediento, vestir al desnudo, dar limosna á los mendigos, socorrer á las viudas, hacer bien á los huérfanos, etc., etc.

V. ¡Si á lo menos hubiese mutua ayuda, si se compadeciesen las desgracias ajenas! Pero no; se roban, se matan, se incendian, se saquean, se engañan unos á otros, se detestan y se desean los mayores males posibles; tiéndense unos á otros redes y lazos, se organizan celadas, y, en resumen, si no se temiese á la autoridad, si en el mundo no hubiera más que sermones, los hombres se comerían crudos. Tales son los frutos y los actos producidos por esas alabanzas, por esos sermones acerca del amor; y



si algunas veces se hace bien al prójimo es porque á ello impele el instinto que nos liga unos con otros, y no por amor.

VI. ¿Por qué, pues, no se aprecia el amor al prójimo? Mi respuesta será breve. En primer término, el amor es una virtud excelente, pero estrecha (derivada), y, además, el trabajo, propiamente hablando, contiene el amor, mientras que el amor no contiene el trabajo. Puede añadirse que el trabajo lo creó Dios en el Paraíso terrenal, mientras que el amor no vino al mundo hasta después de cuatro mil años, con Moisés. Ahora se ve muy claro por qué el trabajo es la primera de las virtudes y la base de todas las leyes. El amor sin el trabajo es como un hombre sin cabeza: está muerto. El amor es,

pues, una virtud estrecha (derivada.)

VII. Para probar mejor aún lo que digo, os propongo que hagáis este ensayo. Suprimid, borrad todos los pasajes de la Sagrada Escritura que se fundan en el amor al prójimo, y reemplazadlos por la explicación de esta ley: «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan.» Y no habléis ni una palabra del amor. Dad á conocer estos pasajes así modificados, y bien pronto, antes de acabarse el día, todos los hombres se verán impulsados á pesar suyo á amar al prójimo. En el pan, en el trabajo de los campos, es donde hay que buscar el amor al prójimo. A demostrar la fuerza de esta ley debe tender el labrador; de lo contrario, también él será un holgazán. La ociosidad, el lujo: es-



tos son, por el contrario, los principales enemigos del amor social. Pero los que nunca habéis trabajado, jamás habéis probado los goces que proporcionan el cumplimiento de la ley y el trabajo por ella exigido; por eso, ninguno de vosotros creará mis palabras. Pero mi deber es decíros las. A vosotros incumbe prestarles fe ó refutarlas.

VIII. Así, pues, lectores, os ruego que retengáis estas palabras, grabándolas en vuestro corazón: el trabajo practicado en virtud de la ley primitiva es la condición para el amor del prójimo. El trabajo es fuerte sin ayuda del amor; por sí solo puede dar al hombre el más alto premio posible de alcanzar delante de Dios; al paso que el amor no puede sin ayuda del trabajo, porque, como ya hemos dicho, el

amor verdadero, desprovisto de toda hipocresía, se esconde en el trabajo, pero sin el trabajo el amor está muerto. Amad al prójimo, estimadlo, nos decís. Pues antes, vosotros, los que predicáis el amor, ¿no comáis el pan de su trabajo! Una vez más han agotado sus fuerzas los predicadores, se les ha secado el gaznate, se les ha fatigado la lengua; ¿qué han sacado en limpio? ¿El amor no existe en ninguna parte!

IX. Si el amor imperase en el mundo, ¿existiría el actual estado de cosas? Al crear el cielo y la tierra, Dios nos dió á nosotros, los labradores, y no á los haraganes de manos blancas, una ley inviolable concebida así: «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan.» ¿Dios puso en esta ley la felicidad temporal y eterna!



Desde el comienzo de los siglos, los dispensadores supremos de las leyes han arrebatado este precioso tesoro, ya por violencia, ya por perfidia y astucia. Después de robárnoslo, lo enterraron muy hondo, como el esclavo holgazán del Evangelio que esconde su *talento*. Durante siglos, todos nosotros, los labradores, no hemos advertido nuestra pérdida. En medio de los innumerables cuidados de la vida, lo hemos olvidado; y hasta hoy no pensamos en ello. El ladrón está descubierto ahora; hemos encontrado el culpable y manifiesto sus crímenes al universo entero. ¿Y qué?—me dirán. ¡Devuelve el tesoro que Dios te ha dado! ¡No; me libraré muy bien de hacerlo! La presa que el lobo lleva entre los dientes—dice el proverbio—Jegor es

quien se la ha dado. ¡Cómo! ¡Predicáis en todos los tonos el amor al prójimo, y cometéis semejantes crímenes! ¿Por qué? Mi pregunta bien merece la pena de que se responda á ella.

X. Si el amor imperase en el mundo, ¿hubieran puesto veinticuatro millones de hombres bajo la autoridad de los señores, como se veía aún entre nosotros no hace mucho tiempo? Si el amor imperase en el mundo, ¿se hubiera dado para siempre un suelo fértil á los holgazanes, mientras los hombres (y, lo que es lo peor, los niños) están cada día en peligro de muerte por falta de alimento? Pero los señores, dueños de la tierra que se han *apropiado* desde la creación del mundo (de ahí proviene la palabra *propiedad*), la venden á otros á gran precio, y lue-



go se van á jugar el dinero á los naipes ó lo gastan en no sé qué caprichos. ¡He aquí cuán profundo es el amor al prójimo!

XI. El sexto día dijo Dios: «Mirad, os doy todas las plantas que tienen semilla, que están en la superficie de la tierra, y todos los árboles donde hay frutos que tienen semilla: alimentaos y sembrad.» La mayoría de los hombres no quieren someterse á ese mandamiento, se niegan á sembrar, y encargan este trabajo penoso al pobre sin defensa; en cuanto á ellos, se pasean con los brazos cruzados y chiflando. ¡Si á lo menos no le hubiesen encargado más trabajo que el del pan! Pero le han confiado todos los trabajos penosos; y aún paga por hacerlos! No hablo de los impuestos, sino de las socaliñas de todo género que le sa-

can. Esto es lo que se le impone al pobre, en nombre de la ley. No contentos con esos desafueros que le han hecho tragar, se han cuidado de quitarle la tierra fértil, poniéndola para siempre en manos de los que rehuyen el trabajo y llaman propiedad suya al fundo que nunca han trabajado.

¡Tal es el amor al prójimo que nos aconsejáis, pero que vosotros no practicáis nunca!

XII. Muchas veces he tomado la resolución de mostraros más afecto en mis palabras; pero cuando noto toda vuestra falsía, olvido todos mis juramentos.

Claramente se vé que entre la ley primitiva del trabajo y las leyes civiles y religiosas existe la eterna enemiga que separa á la serpiente y la mujer. También entre esas dos



clases de hombres, los obreros por un lado y los gandules por otro, existe una enemistad creada por Dios mismo, y no por el hombre. Dicese que entre la ley primitiva y las leyes posteriores hay la diferencia de que la primera fué dada por Dios á los hombres como penitencia por sus pecados; y cada cual sabe, en efecto, que Dios no nos ha dado otras virtudes ni otros méritos para rescatar nuestras culpas. Pero si es así, ¿por qué no está prescrito el trabajo por las leyes ó las tradiciones como indispensable para la salvación? Eso nos hace pensar, á despecho nuestro, que no es justo este decreto de Dios. He ahí por qué he dicho que había enemistad entre esas dos clases de leyes. Y además, desde Adán hasta nosotros ha habido millones de labradores; ¿no hubo

entre todos ellos ni un solo hombre bueno y grato á Dios?

La cuestión tiene importancia. Pero en lugar de resolverla, los escritores, más competentes que yo, hablan de los progresos del trabajo y de la pereza sin designar á nadie. Así es como se ha descuidado siempre y se descuidará hasta el fin de los siglos el hablar de la cuestión del trabajo y de la ociosidad.

XIII. He aquí un nuevo argumento que prueba cómo el trabajo efectuado conforme á la ley primitiva es más útil que el amor al prójimo. Si habláis de este amor á un hombre ignorante ó poco instruido, no os escucha. Eso se nota bien en sus ojos y en su fisonomía: toma una expresión abatida, le da sueño, bostezo, se aburre. Hace esfuerzos para llevar la conversación á otro asunto.



to, ú os dice que tiene prisa por volverse á su casa, se dispone á partir, y no quiere ó no puede comprender todo lo que se le habla. Era, pues, inútil emprender tal conversación.

He comprobado todo esto por mí mismo: no he inventado nada.

XIV. Cuando al leer algunos breves pasajes del *Génesis* ante un hombre así, llegáis á las palabras «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan», explicádselas diciéndole que esa penitencia nos fué impuesta por Dios por el pecado original y por nuestros actuales pecados. Añadid que al crear Dios el cielo y la tierra, no nos ha dado ningún otro medio para redimir nuestras culpas, etc., etc. En seguida os mirará embobado vuestro interlocutor; ya no tendrá sueño, ni hastío, ni aba-

timiento, y hasta olvidará que le esperan en su casa. Luego bajará los ojos, ensimismado en esas verdades en que nunca pensó, y en las obras que hacía desde su juventud, sin pensar en las penas que Dios le reservaba.

Lectores, sé que no otorgaréis ninguna fe á mis palabras. Pero, ante Dios lo juro: he dicho la verdad.

XV. Al punto levantará los ojos, manifestando así que el razonamiento le ha hecho mella. Desde entonces, hará preguntas y traerá á cada instante la conversación á este asunto. Por último, contará á sus amigos todo lo que ha aprendido, éstos á los suyos, y así sucesivamente. Pues ¿por qué no quería oír hablar del amor al prójimo? Hay en esto algo misterioso.



XVI. Sin embargo, advertid que sólo los trabajadores, es decir, los labradores, aprobarán con viveza vuestras palabras. En cuanto á los que rehuyen el trabajo (y son bien numerosos en vuestra clase social), discutirán palabra por palabra vuestros argumentos y los refutarán; y como argumento capital en estas circunstancias tan penosas para ellos, os mostrarán el dinero que roban á los pobres trabajadores y del cual pretenden que emplean en socorrerlos. Bien sabéis, lectores, que en cualquiera discusión siempre gana el pleito el rico. Así ha sucedido siempre en la humanidad, y sucederá siempre lo mismo hasta la consumación de los siglos, como nos lo afirma Sirach, ese hombre inspirado por Dios: «Habla el rico: todos callan y ponen sus pala-

bras por las nubes.» Habla el pobre y dicen: «¿Quién es ese?»

XVII. ¿No he probado de una manera irrefutable que el amor sin el trabajo está muerto; y que el trabajo efectuado conforme á la ley, sin ayuda del amor, es lo único vivo? Y es que, en efecto, el amor está oculto en el trabajo: el trabajo es la casa donde habita el amor. El amor sin el trabajo es un cuerpo sin alma. La ley no está viva sino cuando su poder se pone al servicio del hombre; sino, está muerta. Aparte de esto, esa ley vive sólo para quienes la cumplen con gusto, y no para quienes rehusan someterle su alma entera, es decir, trabajar. En fin, los gandules — verdaderos criminales — están muertos para la ley, como la ley está muerta para ellos.

En cuanto al amor al prójimo,



no tenemos que hablar de él aquí.

Es imposible explicar á la gente distinguida la ley del trabajo, que sólo he aprendido por mi mismo y no por ningún intermediario. He comprendido su verdad con todo mi ser. Vosotros ignoráis é ignoraréis siempre que está dotada de tal fuerza que, en pocos días, puede encadenar á todos los hombres en una fe, una iglesia y un amor, porque es el principio de todas las virtudes. Altas clases: mucho ganaríais en tener en vuestras manos la cabeza de las virtudes, pero tenéis la cola, y el amor es lo que entiendo por «la cola». El mismo amor suscita entre vosotros palabras y no actos. ¿Por qué? Porque el dinero os ha cegado, y os es imposible discernir la cabeza de la cola.

XVIII. ¿Podéis creer, lectores,

que quien haya acogido la ley del trabajo con el ardor que acabo de pintaros, querrá hacer á otros lo que no quisiera que le hiciesen? ¿Querrá apoderarse, por ningún medio, de los bienes ajenos? ¿Puede suponerse que habiendo resuelto comer el pan trabajado por sus propias manos y llevar una vida honrada, pueda guardarse para sí lo que ha adquirido deshonorosamente? No; no se puede concebir tal consecuencia.

Un hombre de conciencia tan pura, ¿podría no tender una mano caritativa á su prójimo, ó en otros términos, ver á un hambriento y no darle de comer, ver á un sediento y no darle de beber, ver á un fatigado peregrino y no darle posada en su casa, etc.? Una conciencia pura tiene ojos de ángel y no de



hombre: nada se les puede escapar.

XIX. Para quien no ha saboreado el goce del trabajo conforme á la ley primitiva que el mismo Dios nos dió al crear el cielo y la tierra, es difícil, hasta dificilísimo creer en lo que acabo de decir. Pero cuando pretendo que el trabajo bendito por Dios es cien veces más útil que el amor, no hago sino usar de un derecho que me pertenece. Tócaos después á vosotros aprobar ó vituperar mis opiniones. En cuanto á juzgar quién de nosotros tiene razón ó sinrazón, sólo tienen ese derecho Dios y el Tzar.

XX. Mis lectores deben decir ó por lo menos pensar en sus adentros: «¿Cómo es eso? El universo entero y la misma autoridad más alta se fundan en el amor al próji-

mo, como una montaña sobre rocas, pues á los ojos del mundo no hay virtud más elevada que el amor al prójimo.» Pero ¡ay! cádate que de pronto se derrumba el edificio, porque se han minado acá y allá sus cimientos; en una palabra, el amor al prójimo está muerto. El amor es la última y no la primera de las virtudes. Si se come sin razones plausibles el pan ajeno, y por tanto se desobedece la ley primitiva, el amor es desde entonces una virtud sin valor ninguno. Pero, dirán ciertos lectores, habíamos puesto nuestra esperanza en el dinero como en Dios, suponiendo que encontraríamos en él la salvación temporal y eterna; y ahora salimos con que este Bondareff no estima el dinero y exige el trabajo personal. ¿Habrà que decirle que miente? Pero nosotros



no podemos fundarnos en razones legítimas. La inconstante fortuna de un hombre descansa siempre en un trono que se tambalea, é ignora cuándo y de qué lado caerá derribada. Cuando llegue el momento en que fenezca vuestra fortuna, mis lectores dirán ó pensarán que tiene razón el proverbio: «El trueno no proviene siempre de las nubes, sino que á menudo también de los montones de basura.»

XXI. Así como el universo no puede vivir sin Dios, de igual manera no puede vivir sin pan, y por tanto sin labradores. Es evidente que después de Dios y del pan viene en tercera línea el labrador: sobre este triple cimiento se funda el mundo, como lo demostraremos con más claridad en los artículos que siguen.

XXII. Dios es un espíritu pre-

sente en todas partes, en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra. Pero ¿cuál es su principal residencia? Cuestión que no se había resuelto aún hasta nuestros días. Ahora es evidente que ningún hombre razonable duda ya de que la principal mansión de Dios es el pan y el labrador. Despejad uno de estos tres terminos: Dios, el pan ó el labrador, y el universo desaparecerá.

XXIII. ¿No podemos afirmar ahora que esta segunda Trinidad salva verdaderamente nuestras almas de la muerte? No se cometería ningún pecado hasta llamándola la primera Trinidad, puesto que es discutible la Trinidad formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La mitad del universo la reconoce, mientras que la otra mitad no cree en ella, y hace de Dios una